

RECONSTRUIR EL ROMPECABEZAS



El libro de Julia Varela constituye más un relato polifónico que un diagnóstico cerrado. Por esta razón, la autora formula algunas preguntas clave: ¿qué currículo oculto subyace a las reformas? O ¿por qué cuesta tanto encontrar el encaje entre todas sus piezas? Y advierte: la batalla de la LOGSE se ganó, pero la educación ha pagado un alto precio por ello.

MARINA SUBIRATS

Catedrática emérita de Sociología de la Universitat Autònoma de Barcelona.

Con *Las reformas educativas a debate (1982-2006)*, la socióloga Julia Varela nos ofrece una pequeña joya que apreciarán quienes sienten pasión por el sistema educativo y sus avatares de los últimos veinticinco años. Grupo que probablemente no es legión, pero sí más de los que podríamos sospechar vista la atonía actual de muchos debates, porque lo que ha ido ocurriendo en la educación en estos años, a través de los diversos intentos de intervención legal en ella, es en gran parte la consecuencia o al menos la plasmación de lo que se gestó en los últimos años del franquismo, cuando miles de personas que formaban parte del profesorado se pusieron a pensar en lo que debería ser una educación distinta para una España democrática.

El título del libro corresponde sólo en parte a su contenido. Desde 1982 se han abierto tres grandes procesos reformistas –de calado ciertamente desigual– en el sistema educativo: el ciclo de la primera reforma socialista, que se inicia a partir de 1982 con la llegada al poder de Felipe González y que da lugar a una serie de leyes como la LODE y la LOGSE; el ciclo de la primera reforma del Partido Popular, que se abre en la segunda legislatura gobernada por Aznar en el año 2000 y culmina con la aprobación de la LOCE; y el ciclo de la segunda reforma socialista, iniciado en 2004 con el gobierno Zapatero y que da lugar a la aprobación de la LOE. Tres procesos reformistas, muy distintos entre sí y tan intensos que han dejado exhausto al mundo de la educación. Tres procesos enormemente interesantes, en cualquier caso, porque reflejan tres momentos de la política española y ponen al día los talentos de estas dos Españas que creíamos jubiladas y que, sin embargo, se repintan y vuelven por sus fueros a la menor ocasión. Y especialmente cuando se habla de educación porque, en la medida en que presupone modelos de vida y de convivencia, las excita y provoca más que otros temas menos golosos.

Pues bien, decía que el libro corresponde sólo en parte a su título porque a Julia Varela la LOCE y la LOE le interesan poco, cosa que se comprende, y lo que verdaderamente ha querido contarnos, o que quedara contado, para hablar con propiedad, es lo que ocurrió con la reforma educativa que llevó a cabo el primer gobierno socialista a lo largo de los años ochenta y primeros noventa. Ésta, que fue la primera reforma educativa de la etapa

democrática, es la que estuvo cargada de proyectos, de esperanzas colectivas, de fuerza creadora. O por lo menos así se inició. Las posteriores fueron el derribo de aquel proyecto, más que su puesta al día, en el caso de la LOCE, y el reajuste posterior, en el caso de la LOE. Ingeniería de despachos más que clamor educativo, ahora que hemos alcanzado la normalidad democrática. Hay que seguir recordando aquello de que bendito el país que no necesita héroes, aunque corra el riesgo de morir de banalidad.

Sí no hemos conseguido el sueño juvenil de alcanzar la luna, por lo menos la educación española es hoy infinitamente superior a la que heredamos del franquismo

Así pues, aunque hay muchas referencias a las etapas posteriores, donde la autora entra a fondo es en la narración de la primera reforma educativa y de sus vericuetos. De cómo se partió del entusiasmo y la complicidad generados en los años 70, y de cómo las cosas se fueron torciendo, porque hacer el viaje no es lo mismo que diseñar la ruta, y los caminos están llenos de piedras que no tuvimos en cuenta. Pero no se trata de un texto descriptivo y lineal sobre lo que ocurrió con aquel proceso reformista, sino de algo mucho más interesante, desde mi punto de vista. Del testimonio en vivo de algunos de los que fueron los protagonistas, o por lo menos actores secundarios subidos en algún momento al escenario, en aquel importantísimo episodio de la educación española. Actores que no pretenden juzgar el conjunto, sino que nos cuentan como fueron llamados, como llegaron con su carga de saberes y convicciones, como trabajaron para hacerlas realidad, como esta realidad fue quemando sus alas hasta marginarlos. Como sobrevivieron a todo ello, sin embargo, y como siguen viviendo, trabajando e intentando aportar un poco de racionalidad y de calidad al mundo educativo, porque han comprendido que los cambios son más lentos e inciertos de lo que quisiéramos. Y que, si no hemos conseguido el sueño juvenil de alcanzar la luna, por lo menos la educación española, globalmente considerada, es hoy infinitamente su-

perior a la que heredamos del franquismo. Es decir, la botella está más que medio llena, aunque, como siempre, lo que nos preocupa sea esa parte vacía, todavía demasiado grande a estas alturas.

Gimeno Sacristán, García Santesmases, Delval, Juan Ignacio Ramos, Jurjo Torres, Fernández Enguita y Javier Doz, son los interlocutores de Varela. Figuras que fueron y son, aún hoy enormemente relevantes para la educación española. Y que en este libro se confiesan, nunca sabremos si totalmente, y nos cuentan todo aquello que en su día no supimos: cómo fue el proceso que condujo a la LOGSE, cómo se fue gestando y cómo se fue enredando. La biografía infantil y adolescente de una reforma que, a mi modo de ver, tuvo una extraordinaria ambición y valentía, que fue descuartizada demasiado pronto, antes de poder dar todos los frutos que contenía; que necesitaba procesos de revisión y ajuste, porque abrió horizontes tan amplios que olvidó a veces los escollos inmediatos y que, olvidada sin suficiente debate, crea condiciones difíciles para el futuro: muchas de sus propuestas habrá que recrearlas en algún momento, porque contenían las preguntas adecuadas, aunque las respuestas no siempre lo fueran.

El rompecabezas de las reformas educativas

No voy a intentar la imposible tarea de resumir las aportaciones de las diversas personas que, de la mano de Julia Varela, nos describen lo que protagonizaron en aquella etapa. Precisamente porque se trata de un relato polifónico, no hay un diagnóstico, una conclusión cerrada, sino que se nos presentan encajadas sólo a medias las piezas de un rompecabezas cuyo dibujo último dependerá de cada lector.

Y por esta razón me gustaría aportar aquí, más que mi propio dibujo, algunos elementos que, a mi modo de ver, pueden contribuir a la resolución que cada persona quiera darle. Resolución que no creo que sea una pérdida de tiempo, porque hoy, veinte años más tarde, aún estamos frente a muchos de los temas que se planteó la primera reforma educativa socialista, y muchos de los argumentos, posiciones y conflictos regresan y regresan en una sensación interminable de que si alguien no corta el nudo gordiano nunca pasaremos página de nuestros viejos problemas.

¿Por qué al pensar en las reformas educativas nos viene a la mente la imagen de un rompecabezas, de un montón de piezas sueltas que se combinan y recombinan dando infinitas imágenes sin permitirnos encontrar el encaje adecuado? A mi modo de ver, hay una cuestión de método: los discursos, incluso las acciones, no se ponen al servicio de las motivaciones reales, sino de su ocultación. En las reformas educativas, nada es lo que parece, y aquello que nos remite a la cultura está tratando de resolver un problema corporativo, o aquello que aparece como corporativo pivota de hecho sobre una cuestión estructural. Con lo que la discusión aparece como un diálogo imposible, porque enfrenta intereses totalmente distintos a los que aparentemente se ponen sobre la mesa.

El acceso de toda la población a los estudios medios está hoy asegurado a través de la ESO, y el reto pendiente es la disminución del fracaso escolar

¿Cuáles son los planos o dimensiones fundamentales que subyacen a la educación y a las reformas educativas? En mi opinión, básicamente tres, de importancia desigual según el momento: el plano de los enfrentamientos de clase, marco principal, todavía hoy y aunque no usemos la palabra, del juego social y político. El plano de los intereses corporativos de los distintos actores que intervienen en la educación, en tanto que administración, patronales, trabajadores, sindicatos y crecientemente partidos políticos, aunque en teoría éstos debieran de situarse en el plano estructural. Y el plano cultural, en el que se encuentran los contenidos, las formas de transmisión pedagógica, los hábitos docentes, los discursos. A la hora de entender lo que pasa, éste último es el menos importante. Y sin embargo, es el más visible, aquel en el que aparentemente se juega todo, porque es el que admitimos como fundamental para la educación. Así que muchas veces hay justificaciones culturales para medidas que, de hecho, se toman en función de lo que se está debatiendo en los otros dos planos. Y todo ello nos conduce a

que las intenciones de una reforma o de una contrarreforma acaben desdibujadas y confusas y además sean juzgadas no por lo que realmente pretendieron, sino por lo que se dijo que pretendían. También las reformas tienen su currículum abierto y su currículum oculto, que hay que descifrar.

En el caso de las tres reformas contempladas esta dualidad fue muy patente. En la primera etapa socialista, el reto era conseguir mayor igualdad en las oportunidades de acceso a la educación media y superior. Para ello, había que hacer varias cosas: alargar la escolaridad obligatoria, y el tronco común –puesto que es bien sabido que cuanto antes se plantea la división en ciclos paralelos más desfavorecidas quedan las personas procedentes de la clase baja–, aumentar el prestigio de la formación profesional, asegurar la gratuidad y construir un sistema educativo con una buena calidad media y lo más homogéneo posible. Abiertamente, nadie podía oponerse a este tipo de medidas, que benefician a todo el país. Pero tratar de impulsar la igualdad significa jugar en contra de las jerarquías, cuando en realidad, siempre hay sectores sociales que se benefician de ellas y que van a tratar de reconstruir las como sea. De modo que el conflicto estaba servido, como siempre que se trata de modificar las relaciones de fuerzas existentes.

Años después, la situación educativa actual nos muestra que el PSOE ganó la apuesta de fondo. Aportaré un dato que lo muestra claramente. En Catalunya, comunidad para la que dispongo de datos específicos y cuya evolución educativa es muy parecida a la de otras comunidades, en la generación que en 2006 tenía más de 65 años la diferencia de acceso a titulaciones superiores había sido brutal: sólo 1,4% de hijos/as de familias de clase baja llegaron a tener títulos universitarios, mientras que para los hijos/as de clase alta y media alta la proporción era del 27%. Es decir, una desigualdad del orden de 1 a 20. En cambio, en la generación que en ese mismo año tenía entre 26 y 35 años, y cuya escolarización Primaria y Secundaria corresponde ya en gran parte a los años 80 y 90, el 15,6% de las personas procedentes de la clase baja han obtenido títulos de educación superior, frente al 51,6% de las personas procedentes de las clases alta y media alta. Una proporción que se sitúa, aproxi-

madamente, en el 3,5 de diferencia según origen social, es decir, tres veces y media más probabilidades para quien procede de clase alta que para quien nació en una familia de clase baja. La diferencia es todavía notable, pero muy distante de lo que había sido la pauta 40 años antes. Y, si lo que consideramos son las enseñanzas medias, el crecimiento, en todos los grupos sociales, ha sido espectacular.

Por supuesto, no todo el mérito es de la LOGSE. Desde los años sesenta el acceso de la clase baja y media baja a la educación superior comenzó a mejorar. Pero la aceleración se produjo sobre todo a partir de los años ochenta, con la llegada masiva de mujeres a la educación superior, efecto que también se vió favorecido por las políticas del PSOE en términos de igualdad educativa y de cambio de mentalidad respecto de las mujeres. El acceso de toda la población a los estudios medios está hoy asegurado a través de la ESO, y el reto pendiente es la disminución del fracaso escolar y del abandono de los estudios a partir de los 16 años, no el acceso al sistema educativo.

Luces y sombras de la primera reforma socialista

Pero si la batalla principal se ha ganado, el precio que la educación española ha pagado por ello ha sido muy alto. Y se ha pagado en conflictos corporativos y en dificultades y déficit culturales. En una nueva legitimidad de la segmentación educativa, que hoy constituye una amenaza para la continuidad del proceso de igualación de oportunidades. Y en una cierta falta de proyecto e ilusión, que a mi modo de ver es lo que caracteriza y da el tono al momento educativo actual.

De nuevo, el problema fue de fondo. El contraataque no se lanzó directamente contra la posibilidad de igualdad, sino a través de la deslegitimación y el descrédito de su principal instrumento, la escuela pública, hecho que permitió reforzar la legitimidad de nuevas jerarquías –o el remozamiento de las antiguas– a través de la concertada. Los dos bandos levantaron sus banderas en torno a esa trinchera, que amenaza con convertirse en fosa de la educación en España: pública y concertada, como dos opciones de calidad distinta, para un público distinto también, no de derecho pero si de hecho. Con sorprendentes coincidencias,

generadas en el segundo plano citado, el corporativo. Porque en el corporativo, ciertamente, la primera reforma socialista no consiguió ganar la batalla, y ello, a medio plazo, ha significado que la perdió.

¿Por qué razón se produjo el desencuentro entre los sectores más progresistas del profesorado y el Ministerio Maravall, el que realmente pensó y puso en marcha la reforma? Quienes se hayan formulado esta pregunta –y creo que en tiempos fuimos bastantes– pueden acudir a los análisis de Gimeno Sacristán, de García Santesmases, de Ramos. En ellos encontrarán muchos elementos explicativos. Que, de todos modos, dejan en suspenso una constatación un tanto angustiosa, que se desprende de la lectura de todo el libro: ¿por qué se suele ser tan beligerante contra la izquierda cuando gobierna y tan poco contra la derecha, incluso cuando ésta es tan retrógrada como en algunas propuestas de la LOCE? Recuerdo haber hablado de la LOCE en público en el momento de su discusión, haber citado el tipo de religión o de segmentaciones que quería imponer y ver las caras de estupor de la audiencia. ¿Esto pretenden? No puede ser. Y, sin embargo, casi nadie hablaba de ello, casi nadie intentó pararlo. Gran parte del profesorado, seducido por la agradable brisa de conceptos como “el esfuerzo” y “la calidad” y por el espejismo de un regreso a un alumnado de élite, se inhibía ante una contrarreforma destinada a afianzar de nuevo jerarquías, a volver a cada quien al sitio que le corresponde. ¿Será por aquello de que quien bien te quiere te hará llorar, o porque es siempre más fácil criticar a quien te pide tu opinión que a quien la impone? ¿Será porque, en el fondo, seguimos teniendo la idea de que es natural que las oportunidades no sean las mismas y que lo lógico es que

haya clases sociales, siempre que quien se esfuerce logre progresar?

En el plano cultural y pedagógico, el fracaso de la primera reforma socialista ha sido estrepitoso. Y lo peor es que, como siempre, éste es el plano más visible, el que más se discute, el que suscitó más esperanzas porque es el que, en definitiva, va a producir o no una renovación cultural, la adhesión a unas ideas y valores u otros, la transmisión de unos u otros conocimientos. Y fue, también, el plano en el que, aparentemente, la LOGSE y sus despliegues echaron el resto, innovaron a fondo. En este sentido, “Las reformas educativas a debate (1982-2006)” constituye un testimonio demoleedor. El lío del constructivismo, de las “cajas rojas”, de las distinciones formales que acabaron siendo burocráticas, fue mayúsculo. La propuesta no se centró realmente en una modernización de los contenidos, sino en una formalización de los procedimientos que aburrió y desmotivó al profesorado y a toda la sociedad, creando una especie de ceremonia de la confusión.

De nuevo, es difícil entender las razones de esta opción, que, para colmo, fue después exportada y utilizada en América Latina. Para completar el rompecabezas nos faltan algunas piezas: algunos notables padres de la reforma no han sido interrogados por Varela, que es bien libre de elegir unos ángulos y no otros, unos interlocutores y no otros. Pero al final queda el deseo de oír también las razones de otros protagonistas, y muy especialmente de Marchesi y de Coll, que jugaron un papel de primer orden respecto al traje de la reforma, a su parte más visible y vistosa. ¿Se trató de una maniobra de distracción, que permitiera hacer aquello de poner los huevos en un cesto y cacarear en otro, maniobra tan frecuente en la

educación? Tal vez, pero a la vista de los resultados, queda claro que no fue una estrategia ganadora. Algunas buenas ideas –las transversales, por ejemplo, en mi opinión– se quemaron en aquella ceremonia, de modo que cuando vuelvan a necesitarse, que es ya, habrán quedado inservibles. O el énfasis en los aspectos actitudinales. Pero además, se ha debilitado enormemente la posibilidad de liderazgo pedagógico del MEC, y ha aumentado la desconfianza del profesorado en este terreno, al haberse desprestigiado lo que apareció como un gran intento de realizar una renovación del concepto mismo de educación y de las formas de transmisión del conocimiento. Y ello ha abierto la puerta a un periodo de contrarreforma en la que, para reafirmar la segmentación de la educación, se puede echar mano de nociones como la disciplina o la necesidad de vías alternativas al tronco común, y conseguir el acuerdo de buena parte de un profesorado que veinte años atrás lo hubiera denunciado.

Estamos aún en periodo de contrarreforma, aunque la segunda reforma educativa del PSOE, la de la LOE, haya matizado algunos de los quiebros más duros que introdujo la LOCE. Y estamos en un periodo de contrarreforma por razones estructurales, precisamente porque aquella primera reforma dio sus frutos en este plano. Pero indudablemente, las debilidades que presentó en los otros planos han incrementado la posibilidad del ataque, que amenaza con acabar saldándose en retrocesos de fondo. Sería bueno no utilizar demasiado frívolamente los planos corporativos, sobre todo por parte del profesorado, de los sindicatos y de los partidos, y los planos de la cultura y la pedagogía, por parte de los gobiernos, para no estropear los avances colectivos tan duramente ganados.